

# ALEPH

número 18  
(enero de 2004)



**EL ENSAYO  
MEXICANO**

Jornada del sábado 22 de marzo de 2003  
organizada por ALEPH con el apoyo del **FNRS** y de la **ULB**  
y de la **Embajada de México**

## El ensayo, un género mal tratado y maltratado

Diana Castilleja  
Université de la Sorbonne Nouvelle, Paris III

Montaigne nunca imaginó ni la larga vida ni el alcance que habría de tener el "nuevo" estilo que en 1580 bautizara como *ensayo*. Hablar de la trayectoria y desarrollo del ensayo es hablar también de una trayectoria intelectual de cinco siglos. No obstante, luego de diversas lecturas por la vasta bibliografía relativa a la teoría del ensayo, he llegado a dos conclusiones contradictorias: en el ensayo, *todo* está dicho; y en el ensayo, *nada* está dicho. De ahí que consideremos al ensayo como un género mal tratado (es decir, tratado mal) y por ende, maltratado.

En la primera parte de este texto explicaré en qué consiste el maltrato hacia el género y en la segunda plantearé cinco posibles líneas de estudio aplicadas al ensayo mexicano, para devolverle sus *cartas de nobleza* en tanto que género.

Considero que el ensayo es un género *mal tratado* por la teoría literaria, que no logra definirlo para otorgarle un lugar más justo. Si al hablar sobre lo relativo a la clasificación genérica (es decir, si el ensayo es o no un género) estamos ante terreno movedizo, al adentrarnos a la definición del ensayo éste toma un matiz más peligroso. A cinco siglos de su nacimiento, todavía no hay una definición del ensayo en la que se refleje su riqueza, ya que, en la mayoría de las ocasiones, su definición se construye con base en lo que no es, en lo opuesto, *a contrario*. Pareciera que este género huidizo no permitiera ser ni clasificado ni aprehendido. Tomemos dos ejemplos:

1) En la Francia de 1694, el *Diccionario de la Academia* se refiere al *ensayo* en los siguientes términos: "Il se dit encore de certains ouvrages qu'on intitule ainsi soit par modestie, soit parce

qu'en effet l'auteur ne se propose pas d'approfondir la matière qu'il traite".<sup>1</sup>

2) En la vigésima primera edición de 1992 del *Diccionario de la Lengua Española* el *ensayo* es considerado como: "Escrito, generalmente breve, constituido por pensamientos del autor sobre un tema, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia".<sup>2</sup>

El análisis de éstas y otras definiciones más, nos permitió observar los rasgos negativos que se achacan al ensayo. Así, éste es contemplado en general como un escrito que no está terminado, que es superficial, ligero y provisional; considerado como una prueba, un acercamiento, pero que no se presenta como "completo" o que no podría ser tomado como tal, que sirve para decir un poco de todo, cuya extensión es una alternativa para todos aquellos que no tienen mucho que decir sobre un tema determinado. Como se puede deducir, dichas definiciones promueven aún más las imprecisiones con respecto de este género. De ahí que no sea sorprendente que las obras sobre teoría del ensayo que fueron consultadas coincidan, en primera instancia, en definir el término *ensayo* antes de entrar en materia; este hecho, que llama nuestra atención, revela la ambigüedad y las vacilaciones que (todavía) giran en torno a este género. No obstante y a pesar de lo anterior, el ensayo, posee en su haber muchas de las mejores páginas que se han escrito sobre la evolución intelectual de la humanidad.

Siguiendo con nuestro análisis, el ensayo también ha sido *mal tratado* por los libros de teoría literaria, que al referirse al estudio de los géneros lo hacen tomando en cuenta únicamente la novela, la poesía y el teatro, sin considerar un lugar para el ensayo.

*Mal tratado* también por los editores, quienes bautizan de "ensayos" textos heterogéneos entre sí lo utilizan como "cajón de

---

<sup>1</sup> *Dictionnaire de l'Académie*. Tomado del *Dictionnaire historique, thématique et technique des Littératures*, bajo la dirección de Jacques Demougin, Francia, Librairie Larousse, 1985, t. 1, p. 528.

<sup>2</sup> *Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, Madrid, 1992, 21ª ed., t. I., p. 845.

sastre" (Eduardo Gómez de Baquero), considerándolo como el nombre que se otorga a todo aquello que no se sabe dónde colocar.

Paralelamente, a las oscilaciones de su definición, el ensayo ha encontrado un medio estable de difusión: el periodismo escrito. Baste recordar la relación ininterrumpida desde el siglo XVI entre la prensa y el ensayo inglés para confirmar que la relación existente entre el ensayo y el periodismo es tan antigua como la creación del género. Relación que, paradójicamente, ha ayudado y ha perjudicado al ensayo. Lo ha ayudado en cuanto a que le ha permitido una mayor difusión. Lo ha perjudicado, porque debido a su cercanía con la prensa, se ha *maltratado* su valor literario. Mientras no se posea una definición clara sobre lo que es y lo que no es un ensayo, su inserción en periódicos o revistas hace que sea difícil distinguirlo de un artículo de opinión o de un breve escrito cualquiera.

De lo anterior, se desprende que, tanto las definiciones del *ensayo*, palabra polisémica desde sus orígenes,<sup>3</sup> como su tratamiento en la teoría literaria y la práctica en general, son una muestra del [des]conocimiento todavía existente en torno a un género que, dicho sea de paso, no esperó a estar perfectamente definido para esparcirse.

Se dice con frecuencia que el ensayo es un género que aparece el último, porque corresponde a un nivel avanzado del proceso intelectual de un pueblo y porque vuelca al conocimiento lo ya existente. Sin embargo –por sus manifestaciones–, ocurre lo contrario en América latina, en ella, los fundadores de la conciencia cultural y literaria del continente son sus ensayistas. Cuando el ensayo llega a Hispanoamérica, encuentra en ella el lugar propicio para desarrollarse y evolucionar. Es de todos sabido que en las épocas de intensa crisis histórica se impone un examen de la conciencia nacional y es precisamente ahí donde los géneros

---

<sup>3</sup> Desde la Edad Media, el término *ensayo* ha sido una palabra polisémica cuyos orígenes se encuentran en el latín *exagium*, que implica "acto de pesar (algo), examen, prueba" que permite designar al mismo tiempo una prueba (experimental, moral, física), un examen (de conciencia) y un ejercicio (físico); ensayar es al mismo tiempo poner a prueba y/o someterse a una prueba. Datos tomados del *Dictionnaire historique, thématique et technique des Littératures*, *op. cit.*, p. 528. La traducción es nuestra.

literarios críticos encuentran su mejor momento. Y aunque la producción ensayística se hizo de manera llamémosla, lírica; es decir, sin un aparato teórico que la sustentara, el ensayo comenzó a evolucionar y a conformar sus características en la práctica, sobre la marcha.

La trayectoria seguida por los ensayistas hispanoamericanos nos muestra a seres no solamente preocupados por el destino de sus países, sino a seres comprometidos y actuando por un cambio en el *statu quo*. Cuando el torbellino de pensamientos sale de la pluma del escritor, éste ha logrado exteriorizar lo que atormentaba su espíritu; el ensayo se presenta como redención y exorcismo, como problema y terapia, como salvación y penitencia. Al tiempo en que se mostraba el combate social, político y económico de un continente que luchaba (y lucha) para erradicar sus "vestigios coloniales", también se hacía patente la existencia de una literatura hispanoamericana digna de ser reconocida. Los ensayistas contribuyeron al descubrimiento y a la conformación de una América que se reconocía y se reconfiguraba en todos sus tiempos. En la vida de algunos de sus principales exponentes, a la prisión se seguirán los destierros y los exilios; prueba de que la pluma es poderosa y de que las palabras son elocuentes. Las letras molestan, incomodan, inflaman.

Detengamos aquí nuestro análisis sobre el maltrato al ensayo para esbozar algunas líneas de estudio aplicadas al ensayismo mexicano:

El constante contacto físico con los libros y con los textos nos hizo conscientes de toda su "fisonomía", ello nos lleva a plantear como primera línea de investigación el estudio de ciertos elementos paratextuales que, hasta el momento, no han sido estudiados y que pueden proveer información que no sería posible encontrar en otro lado. Una crítica genética del paratexto autorial (título, subtítulo, epígrafe, dedicatoria, prólogo, entre otros) así como una crítica genética del paratexto editorial (portada, cuarta de forros o contraportada...), podrían arrojar una nueva luz en la comprensión-percepción de los textos. No olvidemos que muchos de los ensayos que aparecen en forma de libro fueron publicados antes

en revistas o periódicos. Queda aún trabajo por hacer en lo que se refiere a la gestación y organización de estos elementos.

La segunda línea de estudio propuesta la constituye la temática. Aun y cuando se ha estudiado individualmente la obra ensayística de un autor determinado y se han recopilado algunas antologías, no existen estudios en común sobre ciertos temas específicos utilizados por los escritores. Examinar, comparar, poner en perspectiva y poner a dialogar cómo es que cada ensayista ha enfocado algunas de las temáticas recurrentes nos permitirá contemplar el mural de pensamientos y reflexiones en torno a un mismo aspecto.

Se ha insistido en que una de las características del ensayismo hispanoamericano es el predominio de la temática nacional o continental en su conjunto.<sup>4</sup> Si se revisa la producción ensayística mexicana, esta perspectiva no se desmiente, y algunos títulos como *El perfil del hombre y la cultura en México* (Samuel Ramos, 1934), *El laberinto de la soledad* (Octavio Paz, 1950), *Tiempo mexicano* (Carlos Fuentes, 1971), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano* (Roger Bartra, 1987), la confirman. Sin embargo, debemos aclarar que la preocupación por la identidad no es absoluta ni específica del ensayismo hispanoamericano como se ha generalizado, sino que por el contrario, se inserta en el marco de las inquietudes inherentes al hombre por ser hombre, no por ser hispanoamericano o mexicano. A pesar de lo específico que pudiera parecer esta preocupación, ésta tiende hacia el entendimiento y conocimiento universal. Se parte pues, de lo específico, de lo "conocido", lo propio, para poder insertarse en el orden de lo general. Así, y aunque la mayoría de los estudios realza en el ensayo mexicano la forma de expresión de la mexicanidad, debemos admitir que la fórmula se ve rápidamente sobrepasada puesto que a cada ensayo obedecerá su justa expresión: al ensayo argentino tocará la expresión de la argentinidad; al ensayo cubano, la expresión de la cubanidad y así sucesivamente.

---

<sup>4</sup> Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, México, Editorial Guaranía, 1954, p. 7.

Retomando en el caso mexicano los ensayos cuya artemática es la identidad proponemos, a modo de esquema, dos grandes grupos que abarcan las temáticas que se han vuelto *leitmotif* en los ensayistas:

- la Historia (materializada en la Conquista, la Revolución, el movimiento estudiantil del 68...),
- los rasgos particulares de la identidad mexicana (materializados en el uso de máscaras, la relación con la muerte...).

Debemos recalcar que, a pesar de su recurrencia, dichas temáticas no aparecen ni gastadas ni acabadas puesto que cada escritor irá aportando una visión distinta desde el momento (temporal, espacial y anímico) desde donde escribe. No es la insistencia en el tratamiento de un hecho lo que le da sentido, sino el conjunto de asociaciones que cada texto le otorga; estas recurrencias deberán considerarse como la continuación del diálogo establecido previamente por otro escritor. Esto es, aun y cuando los hechos que motivan un ensayo puedan ser forzosamente los mismos (ejemplo de ello en el ensayo mexicano serían la Malinche, la Revolución mexicana, el movimiento estudiantil del 68...), éstos dejarán de ser los mismos al diferir las visiones y las versiones, como mostraremos a continuación con la figura de Malinalli (1504?-1527?),<sup>5</sup> Malínal, bautizada por Hernán Cortés como Doña Marina,<sup>6</sup> por los indios como Malintzin<sup>7</sup> y mejor conocida como la

---

<sup>5</sup> Sobre la incertidumbre de las fechas de nacimiento y muerte de la Malinche, véase Georges Baudot, "Malintzin, imagen y discurso de mujer en el primer México virreinal" in Margo Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1994, pp. 45-74.

<sup>6</sup> "Cortés, por medio de Jerónimo Aguilar, preguntó a la bella esclava cómo se llamaba. Ella contestó en maya que su nombre es Malínal. Don Hernando encuentra parecido entre Malínal y Marina", Gutierre Tibón, citado por Manuel Aceves, *Antilabirinto*, México, Ed. Fontamara, 1997, p. 25.

<sup>7</sup> "Como ellos [los indios] pronunciaban con dificultad su nuevo nombre, al agregarle según gramática nahualteca la partícula 'tzin', que equivale al 'don', nació la palabra 'Malinche'", Carlos Hernández, citado por M. Aceves, *Ibid.*, p. 26.

Malinche,<sup>8</sup> figura femenina que ha dado el origen al sustantivo -despectivo- de "malinchismo" y al calificativo –también despectivo– de "malinchista", cuyo significado popular es la preferencia por lo extranjero.<sup>9</sup>

Las numerosas menciones/recurrencias de la Malinche en la ensayística mexicana no resaltan su inteligencia y habilidad ni su capacidad como traductora (recordemos que hablaba náhuatl, maya y castellano) ni el papel que ésta jugó en la catequización y en la enseñanza de los indios,<sup>10</sup> sino que por el contrario, la señalan por ser ante la Historia con mayúscula, la "Traidora" –también con mayúscula– del pueblo azteca. Por ser la "grieta" por medio de la cual Cortés pudo penetrar y comunicarse con los indígenas, para, como ya es sabido, perpetrar la Conquista. Independientemente de que en diversas ocasiones se le han –como se dice en México– "colgado milagros", estas interpretaciones de la Malinche son válidas en tanto el derecho que posee el ensayista de emitir sus reflexiones. Derecho que pertenece de igual manera a quienes no comparten la opinión versada por el escritor, y que, pueden, a su vez, refutar,

---

<sup>8</sup> "Malintzin, Marina, Malinche son etapas de un proceso". Jean Franco, "La Malinche y el Primer Mundo", in M. Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos, op. cit.*, p. 165.

<sup>9</sup> **Malinchismo.** Admiración exagerada hacia lo extranjero y muy especialmente lo norteamericano (México). **Malinchista** (adj.) Aficionado a todo lo extranjero, especialmente a lo norteamericano. (México). *Diccionario de Hispanoamericanismos (No recogidos por la Real Academia)*, Renaud Richard (coord.), Madrid, Ed. Cátedra, p. 274.

"[...] el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. (...) De ahí el éxito del adjetivo despectivo 'malinchista' recientemente puesto en circulación por los periódicos para denunciar a todos los contagiados por tendencias extranjerizantes. Los malinchistas son partidarios de que México se abra al exterior [...]" , Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª reimpresión, 1996, pp. 94–95.

<sup>10</sup> A los textos ya existentes sobre ella se suman las ponencias que se presentan en México en 1992 en el coloquio sobre la Malinche. En la nota introductoria, Margo Glantz indica: "El coloquio fue un mero principio, una tentativa, un ensayo sobre la interdisciplinariedad. Aquí hemos reunido varias de las ponencias presentadas, y se revisa a la Malinche desde varias perspectivas, analizando su contexto histórico, su instauración como mito y su ambivalente persistencia hasta nuestros días". M. Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos, op. cit.*, p. 9.



enriqueciendo de esta forma una discusión que probablemente no hubiera tenido lugar si no se hubiera osado tocar una fibra sensible.

Con el fin de demostrar a qué nos referíamos con poner en perspectiva y poner a dialogar cómo es que cada ensayista ha enfocado algunas de las temáticas, presentaremos *brevemente* algunas de las reflexiones que se han generado en torno a este personaje. Dicho sea de paso, recordamos que el ensayo es un género provocador, que busca “despertar” a los dormidos e iniciar una dialéctica que se enriquecerá en el ir y venir de pensamientos y reflexiones.

Abre nuestra exposición la postura que más se ha prestado a la discusión y la controversia.<sup>11</sup> Haciendo uso de las definiciones –no olvidemos que *definir* también es tomar partido–,<sup>12</sup> en “Los hijos de la Malinche”, ensayo contenido en *El laberinto de la soledad* (1950), Octavio Paz se sirve de ciertas palabras que, retomando un término de Marc Angenot, revisten de un “aura sagrada” para el mexicano. Palabras cuyo significado se intensifica por “el carácter prohibido” que las acompaña, que causan la afirmación de un sentimiento de superioridad en quien las pronuncia y una cierta erosión interior en quien las recibe. Tocando esas palabras sagradas Paz relaciona la figura de la Malinche con uno de los vocablos con mayor significado para el mexicano como lo es el verbo *chingar*.<sup>13</sup> “Si la Chingada es

---

<sup>11</sup> Cf. Margo Glantz, “Nota introductoria”, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, op. cit., p. 8; Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1996, pp. 171–185; Manuel Aceves, *Antilaberinto*, op.cit

<sup>12</sup> Marc Angenot, *La parole pamphlétaire*, Francia, Payot, 1982, pp. 137–138.

<sup>13</sup> La inquietud de Paz por esta voz la encontramos previamente, en un artículo *pudorosamente* titulado “¡Viva México, hijos...!” que apareció por primera vez en el periódico *Novedades* el 27 de marzo de 1943. El recato de Paz -¿o habrá sido del periódico?- por la mención de esta palabra es notable. En 1943, Paz escribe: “No es una casualidad que esa palabra se identifique a veces con un país del Oriente, el más remoto, desconocido y extravagante para el pueblo mexicano. Ya sé que hay también una razón eufónica, porque parece que la China contiene a la otra palabra, de un modo abreviado y como en cifra”. En *El laberinto de la soledad* (1950), Paz será más directo: “Cuando decimos ‘vete a la Chingada’, enviamos a nuestro interlocutor a un espacio lejano, vago e indeterminado. [...] Y no sólo por simple asociación fonética lo comparamos a la China, que es también inmensa y remota”, p. 87. Sin embargo, y pese a la prudencia utilizada en el artículo de 1943, Paz continúa manteniendo la tesis sobre la Chingada

una representación de la Madre violada [...] El símbolo de la entrega es la Malinche, la amante de Cortés. [...] La Malinche [...] es la Chingada en persona".<sup>14</sup>

En este análisis, la Malinche como figura femenina trascendental en la Historia de México, la traidora, encarnará el mito de la mujer, de todas las mujeres, de las "posibles" traidoras. De acuerdo a lo anterior, todas las mujeres son susceptibles de ser la Chingada.<sup>15</sup> No obstante, Paz se permite una única precaución: a pesar de que Guadalupe, la Virgen católica, la Madre de los mexicanos también es mujer, retomemos nuevamente el concepto de las "palabras con aura sagrada", Paz se cuida en señalar que: "por contraposición a Guadalupe, que es la Madre virgen, la Chingada es la madre violada. [...] Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina".<sup>16</sup>

Al reconocer en ambas elementos que las unen y –ahí radica la precaución de Paz–, sobre todo elementos que las *diferencian*, se establece en pares opuestos (madre virgen/madre violada, protectora/traidora) la dualidad entre la madre y la mujer. Guadalupe es inmaculada, La Malinche es la Chingada. Guadalupe es la antítesis de la Malinche. Sin embargo, ahí donde Paz se detiene, Carlos Fuentes y Roger Bartra avanzan...

A la precaución de Paz, a la cautela por no inquietar las conciencias *católico-apostólico-romano-mexicanas*, más allá de lo debido al no haber equiparado a la Virgen Guadalupana con la Malinche y por lo tanto con la Chingada, responden Fuentes y Bartra

---

como afirmación del mexicano de ser hijo de la nada. Octavio Paz, "¡Viva México hijos...!", *Miscelánea I. Primeros escritos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 342.

<sup>14</sup> O. Paz, "Los hijos de la Malinche", *El laberinto de la soledad, op. cit.*, pp. 94–95.

<sup>15</sup> "En cierto sentido todos somos, por el solo hecho de nacer de mujer, hijos de la Chingada, hijos de Eva. Mas lo característico del mexicano reside, a mi juicio, en la violenta, sarcástica humillación de la Madre y en la no menos violenta afirmación del Padre", *Ibid.*, p. 88.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 94.

quienes, utilizando el recurso de la amalgama,<sup>17</sup> retoman estas figuras y las hacen corresponder: la Malinche y la Guadalupana son la misma, son una: "La imagen de la Virgen Morena nos libera del temor de ser hijos-de-puta: ahora vemos a nuestra Madre pura y adorada en el altar; Guadalupe es la Malinche redimida".<sup>18</sup>

Así, para Fuentes las dos mujeres son una sola y son, en cierto modo, todas las mujeres. La pasiva, la *chingada*, la redimida por su sufrimiento, la abnegada, la madre de todos los mexicanos, es una sola y su sufrimiento es pago de su entrega.

Para que la imagen de Guadalupe pudiera ser lo suficientemente exaltada, había que buscar a un personaje lo suficientemente antagónico. Malinche se volvió nuestra Eva mexicana<sup>19</sup> culpable de habernos hecho perder el paraíso. En un ensayo incluido en *La jaula de la melancolía*, Bartra menciona: "Era necesaria una Eva india para exorcizar las viejas culpas y consolar las penas crecientes".<sup>20</sup> Bartra llega en diversas ocasiones a la premisa de que en ambos mitos: en el de La Malinche y la Guadalupana, se reflejan las diferentes concepciones que cada época ha desarrollado sobre la mujer. La Malinche es la prueba explícita de que los mitos pueden ser llevados negativamente hasta sus últimas consecuencias –la denigración– cuando se invocan contraponiéndolos a otro mito opuesto que también será llevado positivamente hasta sus últimas consecuencias –la exaltación– en donde las características de ambos se ven engrandecidas y magnificadas.

---

<sup>17</sup> «Rassembler sous un vocable synthétique un mélange de personnes ou de choses perçues comme différentes, des phénomènes distincts, parfois tenus pour étrangers les uns aux autres, sont intégrés dans une catégorie unique», M. Angenot, *La parole pamphlétaire, op. cit.*, p. 126

<sup>18</sup> Carlos Fuentes, "La historia como toma de poderes", *Tiempo mexicano*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, Planeta, 1994, 17ª reimpresión, p. 127.

<sup>19</sup> De acuerdo con la simbología propuesta por José Clemente Orozco al representar a la Malinche como "la Eva mexicana" en su mural de la Escuela Nacional Preparatoria.

<sup>20</sup> R. Bartra, "A la Chingada", *La jaula de la melancolía, op. cit.*, p. 181.

En otro ensayo, "Los hijos de la Malinche",<sup>21</sup> Bartra recurrirá al estudio del libro de historia de cuarto año de primaria en el capítulo sobre la Conquista de México:

Los niños de cuarto año de primaria pueden enterarse de que la joven Malintzin fue intérprete, consejera y amante de Cortés. Me puedo imaginar a algunos alumnos preguntando a su maestro o maestra el significado de la palabra "amante": en el momento en que se les explique que se trata de relaciones eróticas ilícitas que la susodicha Malinalli mantenía con el Conquistador, ya se estará dando el primer paso por el escabroso territorio de los mitos.<sup>22</sup>

No sin un dejo de ironía, Bartra expone lo "escabroso" de la situación. Si los mitos se crean es también -y en gran parte- para llenar el vacío de información que se posee. Al incluir un término de ambivalente concepción, Bartra señala y realza la importancia que se da al rol de la Malinche como "barragana, amante, concubina" del Conquistador. En ese sentido, comienza a adquirir popularidad como un ser perjudicial. Sólo nos resta esperar que exista una figura completamente inversa (la pureza de la virgen María, la Guadalupana) para contrastarlas en su máximo esplendor y así, poder crear el mito nacionalista.

Por su parte, Carlos Monsiváis además de reflexionar en su ensayo "La Malinche y el Primer Mundo" sobre el rol que ésta jugó como símbolo indispensable para forjar el nacionalismo, también opta por tomar su defensa, al hablarnos sobre la inculpación de la Malinche, Monsiváis refiere: "al centrarse el proceso en una mujer, a la causa política se suman prejuicios de la época".<sup>23</sup> No sólo funcionaba bien echarle la culpa a alguien por traición, sino que, siendo ésta una mujer, recaían en ella todos los prejuicios existentes, precisamente por su condición de mujer. Contrario a lo que anteriormente se había propuesto, Monsiváis resalta que: "La Malinche no es ni la Eva ni la Madre, [...] y se vuelve una figura sólo interpretable [por] los roles que el patriarcado le atribuye a lo

---

<sup>21</sup> R. Bartra, "Los hijos de la Malinche", in M. Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, op. cit., pp. 149–152.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 149.

<sup>23</sup> Carlos Monsiváis, "La Malinche y el Primer Mundo", in M. Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, op. cit., p. 143.

femenino: la pasividad, la lealtad sacrificial, la traición por amor”.<sup>24</sup> Quizá ha llegado la hora de perdonar a la Malinche y reivindicar su imagen de traidora a traductora.

Esta somera presentación sobre una temática cuyo tratamiento ha sido recurrente<sup>25</sup> muestra que comparar y poner en perspectiva, nos permite comprobar que en el ensayo, se originan diálogos que están lejos de concluirse.

Una apreciación comparativa nos permitirá, además, comprender cuál es la *distancia*, es decir, la proximidad o la lejanía que establece un escritor respecto de sí mismo y de lo que escribe, lo cual deriva en una tercera posibilidad de estudio: una lectura de la alteridad y del juego de espejos que se da en el ensayo. Si el ensayista establece un diálogo consigo mismo y con su mundo, es ineludible que la Otredad se presente de alguna forma, incomodándole o ayudándole, pero siempre haciendo patente su presencia. En algunos casos la alteridad se presenta como amenaza (defendernos de la presencia del Otro) y en otras como invitación (conozcamos al Otro). Comprender cómo se lleva a cabo esta dinámica, cómo se soluciona la presencia del Otro en el ensayo nos permitirá comprender cómo varía la percepción sobre quién es el Otro. ¿Cómo se da, por ejemplo, la percepción del otro en Carlos Monsiváis? Luego de nuestras lecturas hemos comprobado que el Otro, que por definición es generalmente *aquel que no somos Nosotros* encuentra en Monsiváis una estrategia que calificaremos como *el Otro entre Nosotros*. Su interés por las culturas populares y todo cuando les atañe se ha vuelto *leitmotiv* de la obra de Monsiváis. “¿Cómo no ser pluralista si el viaje en Metro es lección de unidad en la diversidad? ¿Cómo no ser pluralista cuando se mantiene la identidad a empujones y por obra y gracia de los misterios de la

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 146–147.

<sup>25</sup> A los textos ya existentes sobre la Malinche se suman las ponencias que se presentan en México en 1992. En la nota introductoria, Margo Glantz indica: “El coloquio fue un mero principio, una tentativa, un ensayo sobre la interdisciplinariedad. Aquí hemos reunido varias de las ponencias presentadas, y se revisa a la Malinche desde varias perspectivas, analizando su contexto histórico, su instauración como mito y su ambivalente persistencia hasta nuestros días”. M. Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos, op. cit.*, p. 9.

demasiada?"<sup>26</sup> Monsiváis parece recordarnos que si bien las manifestaciones externas del Yo y del Otro pudieran hacernos pensar que viven en dos, en muchos mundos diferentes, ambos conviven -a pesar de los unos y los otros- en un mismo y solo espacio, en el tráfico y el embotellamiento de personas, autos, culturas, sensibilidades. En una ciudad en donde el espacio es el don y el valor máspreciado, Monsiváis nos demuestra cómo es que, tarde o temprano, la singularidad y las fronteras entre un cuerpo y otro, entre el Yo y el Otro se anularán. En lo heterogéneo de la convivencia, Otros y Nosotros se vuelven maravillosamente iguales.

Pero, ¿qué ocurre cuando el Otro no logra fundirse ni confundirse con el escenario? Una de las respuestas la encontramos en Elena Poniatowska:

[...] Cuando les preguntaba "¿Cómo se llama usted?" venía el sobresalto: "¿Quién?" "Usted." "¿Yo?" "Sí, usted." [...] Me di cuenta de que su "¿quién?" equivale a "nadie".<sup>27</sup>

Una de las estrategias del Otro para insertarse en el espacio y en el tiempo ha sido su propia negación, su silencio. El hacerse invisibles, el (en apariencia) no existir para no perturbar y no ser perturbados. En el discurso de Poniatowska, el Otro aparece -con respecto del grupo de referencia- descalificado en tanto que sujeto. Su única salida es no hacer ruido, mimetizarse en el paisaje.

Uno de los grandes Otros en el ensayo es el autor. Ver cómo se presenta el yo del autor en el ensayo, cuáles son y a qué obedecen sus estrategias, implicaría también examinar la relación que se establece entre el autor y el lector, uno como el Otro del otro y viceversa. Y es que en el ensayo, género que sirve como cristal de doble cara, que por un lado es espejo y por el otro ventana, prevalecerá la personalidad y la figura del escritor, factores que constituyen sin duda una influencia en la recepción de sus letras. En el *yo* del ensayista se conjugan el autor, el emisor y el protagonista, el lector no distrae su atención buscando semejanzas o diferencias

---

<sup>26</sup> Carlos Monsiváis, *Los rituales del caos*, México, Biblioteca Era, 1998, 6ª reimpresión, p. 112.

<sup>27</sup> Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, México, Biblioteca Era, 1997, 12ª reimpresión, p. 11.

entre el sujeto enunciador y el autor cuando tiene frente a sí un ensayo. Semejante a lo que Philippe Lejeune plantea en los escritos autobiográficos, en el ensayo también tiene lugar el *pacto autobiográfico*, y se establece lo que éste llama un *contrato de identidad*<sup>28</sup> entre lector y autor. Mediante dicho contrato, el lector identifica al autor (representado por su nombre) con el sujeto de la enunciación, el *yo* o el *nosotros* que aparece en el texto. De ahí que en el ensayo no se hable, como indica Juan Marichal, de ensayos sino de ensayistas.

Lo que hasta aquí hemos mencionado refuerza que un ensayo no surge de la nada, que es motivado por hechos, lecturas, reflexiones que a su vez provienen de diversas fuentes, lo cual nos remite a la cuarta línea de estudio propuesta, la inter e intra textualidad. Luego de seguir el hilo de Ariadna de un índice intertextual determinado, hemos llegado a la conclusión de que, tratándose de creación, existe un padre biológico y muchos padres adoptivos. Algunos índices intertextuales han sido adoptados y adaptados por los ensayistas que sucedieron a su creador. Semejante al *patch-work* realizado por los indios de Norteamérica, quienes recuperan un pedazo de tela de la vestimenta de alguien para agregarlo a la inmensa colcha hecha de fragmentos, así se presenta el intertexto en el ensayo. De ahí que afirmemos que *no hay ensayo sin intertextualidad*. Siendo el ensayo un género dialógico, éste no puede menos que servirse de los discursos y de los elementos existentes del mundo que le rodea y en el cual también participa. Y aunque la práctica intertextual constituye una estrategia consciente del ensayo, no por ello es siempre obvia; requiere de un lector alerta a los constantes guiños, hacia otras voces en ocasiones ya olvidadas. Más allá de lo que se puede creer, la intertextualidad desvela rasgos que pudieran pasar desapercibidos. La recurrencia constante a un autor, a un filósofo... da también cuenta del Panteón intelectual, de los caminos que la inquietud de la erudición recorre. Así como no hay escritura inocente, tampoco hay lectura inocente. Queda entonces al lector aventurarse y convocar en su lectura las lecturas preexistentes.

---

<sup>28</sup> Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Francia, Seuil, col. Points n° 326, 1996, p. 33.

Al evocar la intertextualidad no podemos sino ir de las confluencias a las resonancias. Nuestras lecturas nos han permitido comprobar que el género que aquí nos ocupa, el ensayo, ha sido una escritura "privilegiada" en cuanto a que su producción (y el reconocimiento de la misma) pertenece casi exclusivamente al ámbito masculino. En el caso específico de México, la participación femenina todavía no logra conquistar sus "cartas de nobleza". Ejemplo de ello es la antología clave de *El ensayo mexicano moderno* (2ª edición *augmentada* en 1971) de José Luis Martínez, en la que no se incluye ni una mujer de entre los 59 escritores antologados. Treinta años después, en 2001, aparece en México la antología *El ensayo literario mexicano*,<sup>29</sup> en cuyo prólogo se indica: "Se ha procurado ofrecer al lector una visión de lo que ha sido el ensayo literario en México y en nuestro siglo, [...] Pero toda antología es una mera propuesta, un mapa tentativo". Nos parece relevante mencionar que, a pesar de ser "una mera propuesta", no por ello se debe dejar de lado que, de los **cincuenta** ensayistas presentados, *cuarenta y dos* sean hombres. Lejos de sexualizar las producciones culturales, pretendemos poner en evidencia que, casi hasta la primera mitad del siglo XX, en México (como en otros países de América latina), la escritura permitida a las mujeres -en cuanto a su reconocimiento- caía dentro del ámbito ficcional. Esto nos remite a nuestro planteamiento inicial: el ensayo escrito por mujeres también ha sido *maltratado*.

Habrá que remarcar que en la ensayística femenina existe una quinta línea de estudio al considerar que en ella se da el doble juego del compromiso de una escritura y de la escritura de un compromiso. Respecto del primero, del compromiso de una escritura, es indiscutible que al elegir el ensayo como medio de expresión, las mujeres están buscando vías y caminos para ser escuchadas, ya no como adorables Scherezadas<sup>30</sup> creadoras de ambientes, sino como seres inteligentes cuya palabra transmite un pensamiento y una opinión. Respecto del segundo, de la escritura de

---

<sup>29</sup> John S. Brushwood, Evodio Escalante, Hernán Lara Zavala y Federico Patán (compiladores), *El ensayo literario mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Veracruzana, Editorial Aldus, 2001, 832 p.p.

<sup>30</sup> En el relato de *Las mil y una noches*, Scherezada cuenta cada noche un relato al sultán para que éste no la mande matar.



un compromiso, podemos decir que, cada texto ensayístico escrito por una mujer se suma a la herencia intelectual que se lega a sus sucesoras. Desde Sor Juana hasta las contemporáneas, todas han mostrado, de una u otra forma, su descontento hacia la situación marginal en la que se ha tenido a la mujer. En la medida en que sus escritos revisitan esta problemática, están contribuyendo a despertar las dormidas conciencias y por ende, participan en la escritura del compromiso que tiene la mujer que ha alcanzado el derecho a emitir su voz con aquellas que todavía no lo adquieren. Quizás llegará el día en que, su condición de mujer deje de ser un obstáculo para ser una cualidad distintiva de sus letras y entonces sí, se les concedan más lugares en las *antologías*.

Como todo trabajo, apenas se vislumbra un fin, comienzan a aparecer otras interrogantes. Este trabajo es un primer acercamiento en el que hemos esbozado algunas áreas de estudio. La genética paratextual, la comparación temática, la alteridad y el juego de espejos, el estudio de los índices intertextuales y el ensayo escrito por mujeres constituyen algunos de los caminos poco andados en ese género composito e híbrido al que Alfonso Reyes se refería como "centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe de todo".<sup>31</sup> Mitad hombre, mitad caballo; mitad prosa, mitad poesía, el ensayo se comparte entre dos mundos y dos especificidades, logrando así poseer las particularidades del uno y del otro, pertenecer a ambos y no someterse totalmente a ninguno.

La ensayística mexicana se suma a los esfuerzos de las letras hispanoamericanas para ser reconocida y dejar de lado, de una vez por todas, el "atraso" que –quizás sólo en forma aparente– se percibió por parte de los pueblos latinoamericanos. El valor de estas escrituras no sólo reside en la medida en que definen y delimitan una cultura determinada, sino en que dan muestra de que si alguna vez se pensó que América dormía, hace ya mucho, mucho que dejó de soñar.

Ω Ω Ω

---

<sup>31</sup> Alfonso Reyes, "Las nuevas artes", *Los trabajos y los días*. En *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, t. IX, p. 403.